

Ara de Haro

El color de tu nombre

la esfera  de los libros

Kay era una de esas mujeres que andan deprisa, hablan deprisa, piensan deprisa y que van dejando así, cuando se tropieza con ellas, la nada poética impresión, la estrella indudable, aunque inexacta, sobre todo en los detalles, de haber sido víctima de un atropello.

Cuando la conocí, Kay tenía al menos setenta años confesados. Y como descubriría con el tiempo, una confesión de Kay era casi siempre una mentira, aunque aislar un dato en el horizonte siempre móvil de su conversación era aún mucho más difícil que comprobar su certeza.

Pero para entonces yo ya había descubierto que las palabras, a pesar de su apariencia fidedigna, pocas veces enuncian hechos, sino que sirven de encantamiento para vestir los deseos invisibles y, a veces, incluso reemplazarlos.

Pero Kay, hablando, fumando, bebiendo, mirando y a la vez ocultando siempre algo tras la porcelana ace-

rada de sus ojos, amenazante por el embate de sus movimientos de pulseras de bazar y atrincherada tras sus pintorescas exclamaciones en inglés, era todavía capaz de crear un torbellino en torno a cualquier silencio.

En cuanto a la dirección de esa tormenta, su objetivo, era difícil de saber. Incluso, quizás, para la propia Kay. Parecía pertenecer a una estirpe semisalvaje, la de las mujeres decididas. Determinadas. En las que una tenaz voluntad de seguir hacia delante se imponía por encima de todo. De cualquier herida, de cualquier malestar, de cualquier eventualidad y también posiblemente de cualquier reflexión.

A veces me gustaba fantasear con la familia de Kay. Y no porque me hubiese hablado de ellos en términos elogiosos o tuviese pruebas palpables de que, por ejemplo, la valentía y la independencia son rasgos que se puedan heredar, sino porque Kay, en sí, tenía una personalidad tan fuerte que parecía desbordar los límites de una existencia individual y tener raíces en un pasado, en una saga, en algo que le serviría de atalaya para proyectarse hacia el futuro.

La primera vez que la vi me llamó la atención su fealdad.

Kay era pequeña, rasgos toscos, los labios pintados de un rojo chillón, un rojo tomate o rojo Ferrari, que solo podría quedar bien en un coche deportivo, en un gorro de esquí o en unas infantiles botas de lluvia. Sus labios ocupados por un cigarrillo a medio consumir que no la abandonaba nunca.

Solía ir vestida de un modo descuidado y estrafalario a la vez, los cabellos rojizos y rizados envueltos en algún pañuelo que más que contenerlos, ponía de manifiesto su carácter de antorcha, y la ropa colocada de tal forma que parecía siempre un arreglo provisional sobre su cuerpo muy delgado, enérgico y enjuto. Pero eso duraba tan solo hasta que empezaba a hablar, entonces te exigía completa atención y olvidabas su aspecto.

Y solo a veces, cuando callaba, en el azul de sus ojos refulgía un lago de calma como el espejismo interior de una espada en pleno movimiento. Eran sus ojos de un azul muy claro, sereno, un color de muñeca antigua, que desmentía de continuo el resto de su apariencia y la naturaleza volcánica que tenían casi siempre sus palabras y sus gestos.

Mi nombre es Kay. Kay como Kansas, el Estado norteamericano en el que nací. Pronto se desechó el Katherine de mi pila bautismal como una fantasía de un solo día, un exceso innecesario. Y es que nací en medio de la nada. Un terreno sin forma, sin color: polvo casi blanco en verano, un barro gris pardo en invierno. Puedo recordar las empalizadas de nuestras pobres viviendas construidas de materiales varios, alambradas donde picoteaban gallinas, procreaban conejos y que a veces guardaban, incluso, una cabra. Ropa descolorida puesta a tender al viento, hierbajos, charcos... Nada tenía una forma y un color propio, era un terreno de aparien-

cias prestadas, resbaladizas y mutantes, hierbajos, trapos, latas... Un paisaje de nadie, de nada, en el que ni siquiera los árboles eran capaces de echar raíces, una zona abandonada en la que todo estaba en un proceso de continuo desmoronamiento, o era la consecuencia de todas las pérdidas anteriores, restos de personas y restos de objetos convivían en miedo continuo a la siguiente caída: todo insinuaba la inminencia, el inevitable descenso a una nueva y, sin embargo, vieja derrota. En ese paisaje de retazos de cosas sin nombre, esa ondulación de trastos y giros prestados, en ese continuo ensamblaje de miserias, los niños teníamos un ídolo reluciente, rápido, siempre recién estrenado, puesto que iba en línea recta hacia el futuro: el tren.

El tren ocupaba nuestra vida haciendo las funciones que en otros lugares ocupa la religión o el Estado: organizaba los horarios, definía el territorio, legislaba dividiendo la extrema pobreza de la pobreza moderada y, finalmente, en algunos casos, ejecutaba.

No es una mala muerte, decía la gente...

Cuando Nieves fue a ver a su amiga de la facultad, Yolanda Hernández, a su elegante despacho de la Castellana, en Madrid, tenía los ojos llenos de lágrimas secretas. Le pasaron a una salita impersonal de esas que abundan en cualquier oficina, y la frialdad onanista del estilo nórdico reconvertido en gusto burocrático la impulsó a calmarse: ciertos muebles y ciertas ensaladas parecen haber sido creados para que uno se sienta democráticamente desprovisto de destino.

Pero como la espera se prolongaba, su pena volvió a ella como una vieja canción. Todo el mundo pensaba que Nieves era una mujer feliz y ella misma en algunos momentos lo decía, o al menos movía la cabeza afirmativamente. Tenía dos padres, dos carreras universitarias, un buen trabajo, un chalé lujoso, un marido deseable que no deseaba, dos tarjetas de crédito, un coche, dos abortos involuntarios... Tenía salud, dinero. Tenía... Y, sin embargo, no tenía.

Aquel día llovía, mansamente, doméesticamente, sin alharacas, sin querer llamar la atención. Para Nieves era el llanto quedo de las mujeres que ven venir el sufrimiento, que ven partir sueños amorosos, que finalmente saben lo que no quieren saber. A veces, Nieves solo se entendía con el tiempo.

—Nieves Sinde, puede pasar.

Cuando la secretaria la hizo pasar al despacho de Yolanda, Nieves ya había recuperado la insulsa placidez que todo el mundo esperaba de ella.

Yolanda estaba al teléfono, pero hablaba de pie recostada sobre la mesa y lo primero que Nieves vio fue sus piernas largas y morenas que mostraba sin medias, a pesar de que fuese marzo. La falda era demasiado corta, el escote exagerado, las uñas pintadas de rojo... Nieves la miraba con la admirativa aprensión que tenía reservada a las fieras enjauladas. Entonces ignoraba los motivos, pero mientras veía a Yolanda echar la cabeza hacia atrás y mover su oscura melena emulando la perfecta carcajada de un anuncio de champú, pensó de forma casi maquinal que su antigua amiga se esforzaba demasiado por impresionarla y que hubiese bastado con mucho menos.

Yolanda se acercó a ella con tres zancadas de mujer pantera. Pero se besaron en el aire como pajaritos sentados en la rama de un árbol.

—Ah, Nieves... ¡Estás igual! —Nieves sabía que, en el lenguaje de Yolanda, eso no era nada bueno—. ¿Y qué tal... todo? ¿Qué tal el bello Luis Enrique?

Todo el mundo hablaba siempre así de su marido, el bello Luis Enrique. Nieves tuvo ganas de replicar:

«Pues le he dejado en el jardín ladrando, jugando con una pelota en el barro, rompiendo los macizos de flores...». Si tuviese un perro que fuese como Luis Enrique, pensó, le llamaría Bello-ta. Una vez más, Nieves se sintió desagradablemente sorprendida por su propio resentimiento.

En mi infancia los hombres eran un lujo. Como el tren, llegaban y partían casi de un mismo trazo de lápiz, acortando en lo posible su parada. Era raro que se quedaran. En mi casa éramos casi siempre cuatro mujeres a veces acompañadas por un hombre. Mi abuela Olga, mi madre Olga, su hermana Dora y yo, Kay. A mi padre no le conocí. Tomó el tren un día, cuando supo que mi madre estaba embarazada. Era una tentación muy grande tener un tren tan cerca, me dijeron. También me dijeron que los hombres parten, las mujeres no; ellas tienen que parir y eso las detiene. Me prometí a mí misma no pararme nunca. Las mujeres hablaban a menudo de los hombres como de algo que no sirve para nada, que solo ocasiona problemas...

Sin embargo, lo que yo veía era algo diferente. Cuando mi madre o mi tía tenían novio, había una nueva alegría en la casa, se comía mejor, olía a colonia, aparecían cosas nuevas que se mantenían nuevas mien-

tras el hombre estaba en casa, y después desaparecían o se perdían, degradándose, entre los objetos indiferenciados. Se oían risas, canciones y había un movimiento diferente en el cuerpo de aquellas que me rodeaban, incluso mi abuela se contagiaba.

Los hombres eran inútiles, pesados como la cómoda del cuarto de la abuela, pero como ella, muy valiosos por razones que se escondían en los cajones cerrados con llave.

Bastaba que uno de ellos apareciese por la puerta, un día de primavera, y de repente una especie de energía, de nerviosismo circulaba por la casa como la promesa de algo que parecía siempre a punto de cumplirse.

Cuando ellos se iban, después de un periodo de portazos, discusiones, gritos, llantos y demás elementos dramáticos, la casa quedaba sumida en una intensa niebla gris que solo se rasgaba dolorosamente con las palabras duras, los reproches rabiosos que las mujeres se dirigían entre ellas o a sí mismas. Esas palabras, locas o sensatas, eran solo el final del fuego, el rescoldo que asomaba aún entre las cenizas. Luego, en silencio, la lastimosa caída del telón.

Habían ido a almorzar a un restaurante cercano a la editorial en la que trabajaba Yolanda. Decía tener poco tiempo. Se daba mucha importancia, como casi toda la gente que no tiene ninguna. Nieves se plegó a todas sus exigencias, no tenía más remedio: quería pedirle un favor.

Yolanda hablaba y Nieves escuchaba. Esperaba encontrar el momento adecuado.

Mientras, Nieves comía y Yolanda hablaba. Nieves casi no prestaba atención a lo que decía: hablaba de hombres y de cómo ella nunca esperaba de ellos lo que ellos no podían dar.

Nieves no sabía de hombres, dictaminó Yolanda, solo había conocido a Luis Enrique y eso es como la frase que dijo Voltaire: «El que solo conoce una lengua, no conoce ninguna». Y ríe abundantemente de su propia ocurrencia y de las distintas interpretaciones a las que su frase podía dar lugar.

Y luego con una violencia inusitada:

—Porque tú te casaste virgen, claro. ¿A que sí? ¿A que no me equivoco?

—Sí —concedió Nieves.

—Y no creas que con eso le hiciste un favor a Luis Enrique. A él menos que a nadie.

Nieves no quería discutir. Le parecían muy estúpidas las palabras de Yolanda, desatinadas, pero le extrañaba que hasta las mujeres más modernas, más avanzadas, las que hubiesen debido ser más feministas, pareciesen tomar siempre el partido de los hombres contra las demás mujeres.

—No quiero postre, si acaso un café, y luego realmente me tengo que ir. Pero ha sido un placer Nieves.

—Me gustaría pedirte un favor, Yolanda.

—¿Ah, sí?

—Recuerdas que cuando estudiamos juntas Filología yo sacaba bastantes buenas notas —la propia Nieves sentía la torpeza de este principio.

—Sí, claro —dijo Yolanda con algo de retintín—. Eras una estudiante modelo. La más brillante. Pero te fuiste por el camino tradicional, el más fácil, creo yo, de casarte con un hombre rico y de que te colocasen en la empresa de su familia. Para mí ha sido distinto, me he forjado una carrera con un gran esfuerzo. Pero a cada cual lo suyo.

Nieves podría haber replicado a esto tantas cosas: que Yolanda procedía de una familia acomodada y que ella no; que desde pequeña había contraído un compromiso personal de sacar a sus padres de la pobreza y la

indefensión; que había estudiado Filología por las tardes sin que sus padres lo supiesen, ya que por la mañana estudiaba Farmacia; que su puesto en una prestigiosa compañía farmacéutica lo había conseguido nada más terminar sus estudios, antes de saber nada de la familia de Luis Enrique, y luego cuando se supo que una tía de él también trabajaba allí, en un puesto muy inferior al suyo, su familia política, molesta, había dado otra versión de ese asunto. Pero se calló, pidió más pan, dejó que la frase asumiese el carácter ejemplarizante con el que Yolanda la había investido y luego prosiguió, interiormente ajena a ese reparto de papeles y premios.

—Durante los últimos años he estado escribiendo a ratos perdidos...

—Vaya —dijo Yolanda con tono de suficiencia.

—He logrado escribir algunos cuentos. Estos son los mejores —y mientras lo decía sacó de su bolso un pequeño fajo de papeles bellamente encuadernado. En la portada decía: «Historias del vacío. Nieves Sin».

—¿Lo sabe Luis Enrique?

—No, no sabe nada.

Qué tenía que ver Luis Enrique con esto, pensó Nieves, que disfrutaba del desconcierto de Yolanda.

—¿Firmas Nieves Sin?

—Sí.

—Me parece un error. Si fuese Nieves Con, estaría mejor. Es un error y el título también. No dan ganas de leerlo.

—Bueno —dijo al fin—, veré lo que puedo hacer. No te prometo nada... Todo el mundo tiene ese sueño,

publicar una novela, unos cuentos, ver su nombre en letra impresa. Pero de eso a ser escritor... Tú no sabes el sacrificio que supone tener una vocación. No sé si serías capaz de pagar el precio.

El precio de las cosas, Nieves lo conocía.

—Conozco a muchos escritores... —añadió Yolanda con un suspiro.

A Nieves no le sorprendió el uso del masculino que, naturalmente, incluía a ambos sexos. ¿O no?

—Sufren mucho. Sus mujeres no pueden entenderles.

Nieves sabía que ahora vendría el inevitable relato de cómo Yolanda sí que podía entenderles.

—Mi matrimonio es un fracaso —la interrumpió Nieves.

Una vez más, Yolanda quedó desconcertada, pero reaccionó al punto, con la satisfacción que las malas noticias ajenas producen en un determinado tipo de persona.

—Sí, bueno, todos los matrimonios lo son, pero claro, nunca serías capaz de divorciarte, me imagino...

Ambas quedaron calladas, sin parpadear, sin moverse. Una escena de caza entre animales disecados. Nieves sospechaba que Yolanda había sido una de las amantes recientes de Luis Enrique.

Luego Yolanda llamó al camarero y pidió otro café para ganar tiempo. Esperaba que Nieves contestase. Nieves medía su interés con objetividad científica y demoraba su respuesta hasta que la pregunta se diluyese en el aire.